

mision religiosa. El Padre Acosta, cuyo talento profundo y generalizador ha notado Humboldt, en su *Historia natural y moral de las Indias*, dice también que se asegura «que desde mucho tiempo fué vaticinado que la nación española debía convertir el Nuevo Mundo á Jesucristo (1).» ¿No es extraño que se hubiese designado para esa empresa evangélica una nación limitada entre montañas y mar, y que, por consiguiente, no podía ensancharse sino por el Océano? ¿No es asombrosa la idea de una acción evangélica allende EL MAR TENEBROSO?

Efectivamente, el mensajero de la Buena Nueva, al ir á llevar la cruz á la otra parte de los mares, partió de España, país donde fué tan honrado san Cristóbal.

Y es tan natural ver en la mision católica de Colon la explicación de la emblemática figura de san Cristóbal, que el primer geógrafo de la época del descubrimiento, Juan de la Cosa, que en concepto de la reina Isabel era el más hábil de su tiempo (2) al acabar de dibujar el mapa del Nuevo Mundo y de mostrar el moderno progreso geográfico debido á Colon, en lugar de nombrar al vencedor del MAR TENEBROSO, se contentó con pintar la figura simbólica del santo que lleva al Cristo al través del mar (3). En su concepto, se había realizado finalmente la predicción contenida en esa religiosa imágen.

En efecto, la colosal efigie expresaba en relieve, desde más de diez siglos ántes, el acto de piedad que debía poner al Nuevo Mundo en posesión del antiguo.

Debe notarse también que desde el descubrimiento, son menos colosales las figuras de san Cristóbal y menos numerosas sus capillas que ántes de dicha época. Se conservan las que existían; pero muy raras veces se erige alguna nueva bajo su advocación. La gigantesca efigie ha recibido ahora su explicación. En adelante puede darse al mártir sirio san Cristóbal la palma de su triunfo, la corona de su victoria. Fáltanos solamente venerar en él al mártir de Jesucristo, y probablemente al autor ú ocasión de esa profecía misteriosa que Colon, el Descubridor del Nuevo Mundo, estuvo encargado de realizar.

(1) El P. Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, lib. I, cap. xv.

(2) La Reina Católica, en una carta fechada en Alcalá el 5 de julio de 1503, decía designando á Juan de la Cosa «porque creo que lo sabrá hacer mejor que otro alguno.» — *Real Archivo de Simancas*. — Legajo de la Cámara, núm. XLII.

(3) Este mapa precioso dibujado por Juan de la Cosa en Puerto de Santa María, en 1500, y que poseía M. Wahkenaër, lo ha recobrado el gobierno español. M. de Humboldt ha publicado su copia en la última edición de su *Historia de la Geografía del Nuevo Continente*. En él se ve la imágen de San Cristóbal que ha pasado el mar, llevando al niño Jesus. M. Fernando Denis opina que Juan de la Cosa se ha esforzado en reproducir en dicha efigie la fisonomía de Cristóbal Colon. Nosotros pensamos enteramente como él, y es indudable que el editor de Herrera opinaba también como nosotros, porque en su publicación de 1628, el retrato grabado por Boultats no parece ser más que el aumento de la pequeña miniatura del San Cristóbal puesto al frente del mapa de Juan de la Cosa.

§ IX.

Sería imposible juzgar á Cristóbal Colon como se juzgaría al emperador Enrique III, á Luis XIV, á Cromwell ó al gran Federico.

Ese hombre no es completamente explicable por los hechos de su observación, porque entran acontecimientos extraordinarios y un concurso de maravillosas coincidencias en sus empresas de navegante, en los actos de su administración, y porque su talento, su carácter religioso le hacen participar más del cielo que de la tierra.

El contemplador de la Naturaleza, heraldo de la Cruz, libertador en esperanza del Santo Sepulcro, lleva en todos sus hábitos la señal de su apostolado.

El Embajador de Dios á las naciones desconocidas se distingue, entre todos los hombres, por el carácter de su mision augusta.

En su vida hay algo de misterioso y sublime. Entran en ella el drama y la poesía. Todo lo que toca á ese hombre se ennoblece ó engrandece. Hasta sus tribulaciones, por su persistencia y su exceso, son del dominio de la epopeya tanto como del de la historia. Sus dolores se immortalizan. Hay miserables, ingratos y envidiosos, destinados por su medianía al olvido, los cuales pertenecen á la historia sólo porque se declararon enemigos de Colon. Sus nombres subsisten para eterno oprobio.

Pero también aquellos que sirvieron lealmente á nuestro héroe, ganaron á su contacto la inmortalidad. Su nombre ya no puede borrarse de la historia. Todo lo que se le acerca se engrandece en gloria y utilidad. Aunque los títulos de nobleza otorgados á sus hermanos no pueden hacerles grandes, el título de hermanos de Colon está muy por encima de sus títulos. Su fiel escudero Diego Méndez obtiene escudos de armas, el título de caballero y la admiración de todo corazón generoso. El jefe de sus criados, el fiel Pedro de Terreros, herido mortalmente por defenderle, había recibido previamente de él la inmortalidad. Colon le había reservado la honra de ser el primero que pisara el Nuevo Continente. Su intérprete indio, pobre idólatra bautizado, el Lucayo Diego, se casa con la hermana del más noble soberano de Haití. Su intérprete español, Cristóbal Rodríguez «La Lengua,» adquiere grande importancia. Sus criados llegan á ser oficiales; sus oficiales, marinos. Sus primeros pilotos consiguen la celebridad; otros ocupan puestos de confianza ó empleos honrosos, como Sánchez de Carvajal, nombrado guardia de corps. La abnegación de su compatriota Bartolomé Fieschi le asocia para siempre á la gloria de su última expedición.

¿Quién se acordaría del juriconsulto Nicolás Oderigo, aunque estuvo temporalmente encargado de una misión de la serenísima república de Génova, si no hubiese tenido relaciones con Cristóbal Colon? ¿Conocería nadie allende los Pirineos, al generoso dominico Diego de Deza y al sabio teólogo cartujo padre Gaspar Gorricio? ¿Aun habiendo formado el encanto de la Corte literaria de Isabel, habría alguno que tuviese memoria, después de tres siglos, de Pedro Mártir de Angleria, si no hubiese hablado de Colon, asegurándose así contra los efectos del tiempo? Con el prestigio de sus conferencias arrastró al doctor García Hernández, de Palos, y al doctor Chanca, de Sevilla, á visitar las nuevas regiones, y su confianza les salvó de un olvido inevitable. Hablando Colon con el primer dependiente del corredor marítimo Juanoto Berardi, hizo de él un cosmógrafo. Él sublimó ese tenedor de libros casi á la altura de un rival, porque se llamaba Américo Vespucci.

Así mismo por haber acogido generosamente al viajero, entonces desconocido, cuando llegaba pobre y jadeante al convento de la Rábida, no ambicionando la Orden Seráfica más que el privilegio de la humildad, se ha visto investida de los honores rehusados á la ciencia, y comparte hasta el fin la gloria del descubrimiento. Los hijos de san Francisco han recibido el premio de los valientes. El primer sacerdote que celebró el santo sacrificio en el Océano fué un Franciscano. El primer sacerdote que pisó la tierra nueva fué un Franciscano. El primer sacerdote que admiró la Naturaleza en las nuevas playas de Cuba, de Jamáica, de los Jardines de la Reina y de la Evangelista fué un Franciscano. El primer sacerdote que predicó en idioma indio el nombre del Señor, que promulgó la ley de Jesucristo, la autoridad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, fué un Franciscano.

La Orden Seráfica tuvo la gloria de bautizar al primer indio, de levantar el primer convento, y proveer el primer obispo en la Española, así como tuvo también la honra de sacar de su seno el primer mártir que cuenta el Apostolado en los espacios de allende el Océano.

Á la verdad, ese hombre que se presenta en la escena del mundo al abrirse la era del Renacimiento, no toma nada de su época; se le adelanta bajo el concepto de la intuición y de la ciencia; pero está en él la fé completa, implícita y ardiente de la Edad Media con su carácter militante y caballeresco. Sin embargo, participa de tal manera de las cosas primitivas y fundamentales del Catolicismo, que, bien examinado recuerda mucho mejor aún, á un héroe del Evangelio, á un Profeta iluminado, á un Patriarca augusto que á un guerrero de las Cruzadas. La literatura profana, nuevamente resucitada por la imprenta, ha invadido inútilmente á Castilla con sus alusiones mitológicas, ha engañado las personas de buen tono de Italia y Francia, y aun ha tentado á los sabios de la Ciudad Eterna: el mensajero de la cruz no pacta jamás con el error de la época. Ninguna expresión, ninguna

forma de pensamiento revela por su parte la más leve concesión á la preocupación de moda de sus contemporáneos. Á pesar de sus relaciones con los propagadores del helenismo y de la bella latinidad, continúa siendo el discípulo de san Francisco lo que era en su infancia en Génova, y después en el mar, el discípulo del puro Catolicismo. Ese respeto de su fé, esa ortodoxia de lenguaje dice mucho mejor que todo comentario hasta qué punto había profundamente penetrado el discípulo del Evangelio el sentido de las cosas divinas, y cuán permanente era en él el sentimiento de su misión.

Y por lo mismo que era providencial su misión, pareció que Dios marcaba á Colon desde su nacimiento á la manera de los héroes á quienes había llamado por su nombre.

Nunca se comparó este discípulo de la cruz á los grandes genios ó á los grandes ciudadanos de Grecia y Roma, á las celebridades de la antigüedad profana. Si compara su destino á algun otro, en su modestia, parece aludir solamente á los grandes hombres del antiguo y del nuevo Testamento. Una vez parece que apoya la firmeza de su fé, la audacia de su empresa en el ejemplo de san Pedro. Dos veces compara las gracias de que le ha colmado su Divina Majestad con los favores que recibieron Moisés y David; pero comparaba más particularmente su misión con la del legislador de los Hebreos.

¿Tenía fundamento para esa comparación muy respetuosa, y seguramente muy distante de toda vanidad personal en su pensamiento? La falta de espacio no nos permite examinar esta pregunta. Saltan á la vista algunos rasgos exteriores de semejanza entre Colon y el jefe del Apostolado. Uno y otro habían recibido, aunque en lenguas diferentes, el mismo nombre de familia. San Pedro era hijo de la Paloma, y Cristóbal de Colombo. Uno y otro habían vivido primeramente del producto del mar. El primero recibió del Cristo un nombre que significaba que él llevaría la Iglesia; el segundo recibió de la Iglesia un nombre significativo de que llevaría al Cristo. San Pedro representaba la firmeza de la base, la inmutabilidad del fundamento; Cristóbal Colon representaba la dilatación de la Iglesia, la propaganda de la Cruz.

Si consideramos las más culminantes relaciones entre el destino de Moisés y el de Colon, resultará evidente que esos dos hombres extraordinarios cumplieron una misión providencial. La de Moisés, certificada por la Iglesia, la reconocen igualmente judíos y cristianos. La de Colon, certificada por la evidencia, la reconocerán un día todos los hombres de buena fé.

Llegado el tiempo señalado por la Providencia, mil quinientos años antes de Jesucristo, Moisés reconstituye el pueblo de Dios, debilitado por la esclavitud; asienta la verdadera doctrina, el culto del Dios único, y aísla á su pueblo á fin de preservarlo mejor del contagio de la idolatría.

Llegado el tiempo señalado por la Providencia, mil quinientos años después de Jesucristo, ensancha Colon los caminos de la tierra, aproxima las naciones y dilata la Iglesia católica.

Uno y otro llevaban un nombre en gran manera simbólico.

Uno y otro tenían cuarenta años cuando inauguraron la ejecución de su mandato divino. Moisés debió dejar á Séfora, su esposa, para consagrarse á su misión; Colon se mantuvo alejado de Beatriz para dedicarse al cumplimiento de la suya.

El mar separó por mitad sus aguas y abrió paso á Moisés. El Océano allanó sus abismos para que los surcaran las naves de Colon.

Moisés llevaba una Ley nueva, la Ley de la Alianza al pueblo escogido. Colon llevaba la Nueva Ley, la Ley de Gracia á las naciones llamadas. El primero aplicaba la ley antigua con su inflexibilidad sangrienta. El segundo, la ley de gracia, de misericordia, de caridad.

Moisés triunfó con la señal de la cruz de los obstáculos que le oponían los hombres y la naturaleza. Figuró esa señal con las manos levantadas en la montaña y con la columna en forma de Tau, encima de la cual puso de manifiesto la serpiente de bronce. Colon triunfó de los demás y de sí mismo con la sagrada señal que llevaba en su corazón como en su nombre, y que tenía en sus manos al pisar las costas del Nuevo Mundo.

Esos dos enviados de Dios, distintamente ocupados, recibieron señales visibles de la asistencia divina, y fueron sobrenaturalmente ayudados con auxilios proporcionados á la diferencia de los tiempos y de los lugares.

Moisés, en recompensa de sus peligros, de sus abrumadoras fatigas y de la libertad dada á su pueblo, sufrió disputas, amenazas, conspiraciones, motines, la defección de sus deudos. Colon, en cambio del aumento del dominio terrestre, de los dones hechos al talento humano y de las riquezas aseguradas á España, debió soportar rebeliones, desertiones, la destitución, cadenas, pobreza y calumnias!

Moisés deseaba ver á Dios cara á cara, como había tenido la dicha de oírle y hablarle. Colon ambicionaba descubrir las maravillas de sus obras y conocerle por el exterior, como sentía en él su omnipresencia.

Moisés anhelaba conducir á su pueblo á la tierra prometida. Colon aspiraba dar á las naciones el acceso al Santo Sepulcro.

Ni uno ni otro consiguieron el objeto de sus deseos. El nombre de uno y otro se perpetuará hasta el fin de la raza humana.

Las maravillas obradas á favor de Colon, á la luz de la historia y de la imprenta, hacen perfectamente creíbles, hasta para los filósofos de buena fé, los milagros que brillaron en la conducción del pueblo de Dios y el cumplimiento de sus destinos entre las naciones idólatras, en una época en que señales materiales

pero decisivos reemplazaban á la autoridad de la palabra de gracia y amor, manifestada desde entonces en el Evangelio.

Las formas colosales de sus trabajos, el carácter ciclopeo de sus viajes, la asombrosa audacia de sus investigaciones, las extrañas coincidencias y las prodigiosas señales de la asistencia que recibió del cielo, el poder de su estilo le hacen remontar á la edad heroica de los tiempos primitivos; y parecería una figura emblemática, una fórmula de jerofaute, si no le dieran muchos puntos de contacto con nosotros su ternura evangélica y su ardiente catolicismo. Y es que en medio de sus funciones marítimas, administrativas y reales, en la multiplicidad de los asuntos que, hartos á menudo absorben la vida entera y no dejan ningun espacio al alma para las cosas eternas, no cesó Colon de obrar considerándose en la presencia de Dios. Por esto es que su virtud excedió al nivel de las fuerzas humanas; y pudo elevarse á aquella constante altura donde sólo la gracia divina sostiene la debilidad del ser mortal. Analizando perfectamente esa existencia, sometiendo al análisis de una crítica minuciosa sus acciones é intenciones, se llega necesariamente á reconocer en él una virtud tan constante, tan fundamental, que parece formar su mismo ser; casi no se atreve uno á calificarla con ese nombre comun tan prodigado de virtud, y está á punto de darle el de santidad.

Los santos no han llegado al cielo todos por igual camino. Así como hay varias mansiones en el reino del Padre celestial, hay también varios caminos que conducen á la santidad.

En medio de los compromisos del siglo, no podía Colon concretarse á la oración, á los oficios del coro, á las mortificaciones, al perfeccionamiento interior, como los religiosos en el claustro; pero se esforzó en tener espíritu de abnegación, celo por el servicio de Dios y la salvación del prójimo en el ejercicio de sus deberes públicos. Más de una vez estuvo comprometida su autoridad y expuesta su vida, á causa de la evangélica mansedumbre, de la que no quiso apartarse ni aún en medio de graves peligros. Efectivamente, Colon, como jefe de expedición marítima, y á pesar de los trances difíciles en que se halló, no hizo derramar una sola gota de sangre. Y, hasta entonces, todas las exploraciones se habían distinguido por sangrientos sacrificios. Magallanes, que verificó su proyecto de circunnavegación, se vió obligado á ejecuciones crueles. Colon, ántes de mandar á los demás, quiso mandarse á sí mismo. Su dominio sobre la violencia de su carácter prueba la perseverancia con que se combatió.

Colon fué dulce y humilde de corazón. Léjos de atribuirse ningun mérito, al volver de su primer viaje, se muestra asombrado de haberlo realizado tan fácilmente, y atribuye su buen éxito á la sola bondad de Dios. Constantemente fué tan grande su humildad, que no consintió jamás en dar su nombre á ninguna tierra, ninguna isla, ninguna nave, mientras que sus tenientes se habían apresurado á